

OBRAS VARIAS

DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

El niño y el adolescente (Desarrollo normal, vida libre), por MICHEL PEREL.—Un tomo de 208 páginas, en tela, 3'50 pesetas.

Tierra libre, por JEAN GRAVE. Versión española de A. LÓPEZ.—Un tomo con cubierta en colores, 2 ptas.

La médium de las Flores.—Investigaciones hechas en el terreno de los fenómenos del Espiritismo, por el grupo espiritista RAMENTA. Obra escrita por el Viceconde TOMAS SOLANVE.—Un tomo, de 208 páginas, 3 pesetas.

El alma es inmortal.—Demostración experimental de la inmortalidad, por GABRIEL DELANNE. Traducción del francés, por CECILIANA LUYAN.—Un tomo en 4.º, de 336 páginas, 3 pesetas en rústica, y 6 en tela.

La justicia del Virrey.—Narración histórica argentina, por ALFONSO HERRILLO CÁDIZ.—Un tomo de 224 páginas, con ilustraciones del eximio artista GUSTO PYRO, y cubierta en tricromía, 2 pesetas.

Antología de Panamá (*Poemas y prosa*).—Selección y notas de DOMICILIO KOSTL.—Un tomo de 320 páginas, en el que figuran los mejores poetas y prosadores panameños, con cubierta alébrica en tricromía, 3 pesetas, en rústica, y 4'50 en tela.

Los amores del harén.—Novela turca, por G. V. BRESOLDA. Versión y adaptación del inglés por I. SOLTAS ALMARE.—Un tomo de 224 páginas, con cubierta en tricromía, 2 pesetas.

DIOS, EL HOMBRE Y EL MONO

POB

VICTOR CHARBONNEL



008004

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Casa fundada en 1908 en las Exposiciones de Viena de 1909, Madrid 1910, Budapest 1911, Londres 1912, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1916.

Calle de Mallorca, núm. 185

aep cdhs

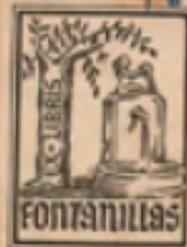
*Biblioteca
de las
Fontanillas B.
Barcelona
1936*

DIOS, EL HOMBRE Y EL MONO

POB

VICTOR CHARBONNEE

aep cdhs



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Esta revista de arte en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid
1904, Budapest 1906, Linceo 1907, París 1909, y gran premio
en la de Buenos Aires 1910.

Calle de Mallorca, núm. 166

DIOS, EL HOMBRE Y EL MONO

I.—Burlándose

La Iglesia en Francia ha sido separada políticamente del Estado, y por tal revolución no se ha conmovido el pueblo, lo que me explico atribuyéndolo en calma a un secreto desprendimiento de las cosas de Dios y de los curas, a una profunda indiferencia. «¡Que Dios la Iglesia de Francia!», ha dicho el papa Pio X. «¡Que Dios!» «¡Y a mí qué!», ha dicho el pueblo republicano. Nuestros hombres de gobierno, siguiendo añaes costumbre, han creído y declarado que su talento y su profecía ha conservado la paz de la República en días difíciles, pero ese mérito es usurpado. Por esta vez, la paz no es debida a la habilidad de un ministro, sino al inmenso deudón de la multitud.

¿Creeis acaso que quedaba todavía bastante fe para suscitar rebeldías piadosas y rufes ante cándida ignorancia para dar razón a las encíclicas de Roma? ¡Oh!, no. A lo sumo quedará alguna sonrisa indulgencia hacia ese resto de religión que se expresa en signos, en ritos, en tradiciones familiares y sociales; pero nadie cree ya con esa fe que transperia las montañas. Tranquilizans, no habrá guerra religiosa. Un sabio pidió no ha mucho «la ataraxia absoluta», o la indiferencia, respecto de las creencias y de las Iglesias. El pueblo está en esa absoluta ataraxia. Senoñamente: se burla.

II.—Lo que antes decía el hombre del mono

En aquel tiempo, el hombre elevaba su alma a Dios, después miraba al mono y decía: «Yo no soy un pobre animal sin alma, como ese mono feo, indolente, que no tiene religión ni moral. Yo soy el hombre, es decir, un ser muy superior a los animales, compuesto de cuerpo y alma, de un cuerpo que ha de humillarse y mortificarse por su animalidad viciosa, de un alma que ha de salvarse por ser imagen de Dios. Mi cuerpo, hecho de podredumbre, volverá a la podredumbre; pero mi alma es inmortal. No, yo no moriré como ese mono, bueno para ser arrojado al estallar. Yo viví en otro mundo, en el cielo, en el purgatorio o en el infierno, con Dios durante toda la eternidad. Dios me ha creado y me ha puesto en este mundo para preparar mi vida en la otra. ¡Miserables los que no quieren comprender!»

Viendo al hombre poseído de tal vanidad y de tales cuidados, los profetas, los adivinos, los magos y los sacerdotes se aproximaron y le dijeron: «¡Oh, hombre, semejante a Dios, casi el igual a Dios; tú eres infinitamente más grande que el mono y todos los animales! Pero sobre ti, más cerca de Dios y más semejante a él estamos nosotros, los profetas, los adivinos, los magos, los sacerdotes a quienes fueron revelados los secretos del otro mundo y a quienes fueron confiadas a ti. Ven, síguenos y paga, como es justo, nuestro trabajo.»

El hombre, durante muchos siglos, escuchó la adulación de sus sacerdotes, se deleitó con sus promesas y les colmó con sus dones, de tal modo, que el oficio pareció cómodo y fue ruidosamente disputado. Pronto se dividieron los sacerdotes, sostuvieron interminables disputas, se hicieron guerras furiosas, levantaron unos pueblos contra otros y amasaron con sangre humana las estatuas de los numerosos dioses.

El mono llegó a decir: «¡Qué escipidos son esos hombres, que se matan así! ¡Cuánto mejor harían tomando la vida como nosotros, y comer, dormir, amar y abandonar la idea de Dios, causa de todos sus males!»

III.—Pero allí estaban los profetas y los sacerdotes

Esta sabiduría de los simples animales llegó a ser la filosofía de muchos filósofos. En efecto, ¿no pedían los hombres pasar sin Dios como se pasan los monos? ¿Quién ha hablado tanto de su existencia, de cómo está hecho, de la obra que ha ejecutado en los espacios de cielo y tierra, de la vigilancia que ejerce sobre el mundo desde las alturas? Los curas. ¡Pero si los curas de todas las religiones se contradicen rabiosamente! ¡Si la que uno afirma otro lo niega! ¡Si las revelaciones de los de acá son calificadas de imposturas por los de allá! ¡A quién puede creerse?

Todos igualmente pretenden poseer la verdad y se pelean infatigablemente; pero su infalibilidad se apoya en la fuerza, y la prueba haciendo matar a los que no piensan como ellos. Cuando hablan, el hierro y el fuego del brazo secular introducen sus palabras en la carne y en la sangre. La verdad da razones y no se sirve de violencia. Jamás ha dicho el prófeta: «¡Creo o te mato!» Le ha bastado probar.

Además, ¿qué son esos profetas y esos sacerdotes, son los más venerados? El «siguero» de Voltaire nos ha suministrado su opinión sobre ellos, que es la de todos los hombres libres y de buen sentido.

«Los profetas, dice Voltaire, no son menos repugnantes para quien no tiene el don de penetrar el sentido oculto y alegórico de las profecías. Ve con pena a Jeremías ponerse una albarda y una collar y hacerse alar con cuerdas; a Oseas, a quien manda Dios en términos brutales que haga hijos a una zambra y que cometa en seguida un adulterio; a Isaías, que se pasa desnudo por la plaza pública; a Ezequiel, que duerme cuarenta días sobre el lado izquierdo y cuarenta sobre el derecho, que como un libro de pergamino, que está su pan con excrementos humanos y bóveda de vaca. En verdad que si el lector no conoce los usos del país y la manera de profetizar, puede tener el estómago, y cuando ve a Eliseo hacer que unos ojos devoran cuarenta niños por haberle llamado ciego, castigo tan desproporcionado con la falta, que más inspira horror que respeto.»

Tales son, sin embargo, los garantes de Dios ante el común de las gentes. En hebreo, el mismo nombre *sabá* e *raa*, designa los profetas y los locos; no es, pues, un lenguaje injusto.

¿Y Moisés, que apalea las rocas para que broten manantiales? ¿Y Jesús, que unas veces se hace transportar por el diablo a la cima de una montaña, otras encierra una legión de diablos en una pieza de cerdo, y suelta de sí mismo a la aproximación de la muerte? ¿Y Pedro, que trata a Ananías y Sáfira escandalosamente porque no le entregan como donativo todo el precio de su campo? ¿Y tantos papas, obispos y curas, frailes, impostores y verbajos a través de los siglos? El «*virgenus*» dice con tanto al fraile: «*Si Jesús ha hablado de esta ley establecida entre los Hebreos como entre los Chinos: Jesu a te prójimo como a ti mismo; la ley de los cristianos ha sido: Odi a te prójimo como a ti mismo.*» Atanastasio, perseguid a los Nestorianos, y sed perseguido; Cirilano, estrella de los hijos de los Nestorianos contra las jaramas; Gótelos y Gibelinos, hacen una guerra civil de quinientos años, para saber si Jesús ha ordenado al respecto sucesor de Simón Barjoea destronar los emperadores y los reyes, y si Constantino concedió el imperio al papa Silvestre. Papistas, ahoral es hora de bruto pío de altar, donald, quemal los dogmatistas que no creen que un trozo de pasta se cambie en Dios a la voz de un capuchino o de un recoleto, para ser comida en el altar por los raciones si se deja descubierta el copón. Pultré, Baltasar Gérard, Jacobo Clement, Chastel, Guisgard, Ravallias, agasal vuestros peñales sagrados, cargad vuestros pistolas santas. Europa está en sangre, mientras Alejandro VI, manchado con asesinatos y horrendos delitos, duerme en los brazos de su hija Lucrecia, que Pablo III entregó en bastardo con los despojos de las naciones, que Julio III hace su porta-voz cardinal (dignidad más decente para el ramo que para el portador); en tanto que Pío IV hace estragalar al cardinal Carafa, que Pío V hace gemir a los Romanos bajo las capillas de su bastardo Buen Compañero; que Clemente VIII da el azote al gran Enrique IV sobre las nalgas de los cardenales d'Ornai y Duperron. Mezclad en todo el ridículo de vuestras faras Italianas al horror de vuestras bandalajes.

Y Dios mismo, ¿no es tan aterrador, es resumido, como esos visionarios, esos locos, que dicen en su nombre?

IV.—El Dios que, según dicen, ha hecho el mundo

Dice usted que Dios ha hecho el mundo.

¿Por qué no lo ha hecho mejor? ¿Conque es decir que las miserias, las enfermedades crueles o insalvables, los accidentes y los sufrimientos innumerables, la estrépida muerte del niño en la cuna, la muerte bíblica del obrero en la mina, las orgías, los crímenes, las ferocidades innumerales así como las mentiras y las torpezas de sus ministros, toda el horror de la esclavitud y de la inhumanidad es obra de Dios, y no reconoce la medida, la abstracción de su tarea?

Habiendo hecho el mundo, podría rehacerlo. ¿Por qué no lo hace? ¿Por qué mira impasible a la justicia vendida y a la injusticia triunfante; ve con tranquilidad a los laboriosos morir de hambre y a los holgazanes nadar en oro y hartarse en sus lentillas?

V.—Lo excusa su no existencia

Pero la antigua Siodofía tenía razón.

O Dios puede y quiere cambiar el mundo: ¿por qué no lo cambia?

O puede y no quiere cambiar el mundo: ¿cómo se explica su inabundancia?

O Dios quiere y no puede cambiar el mundo; y entonces, ¿qué fantasma divino es este que ni siquiera es omnipotente?

Nuestra sola explicación, su única excusa es que no existe.

Si creyentes testarudos en su fe, dabanlo a nuestra razón demasiado razonadora, pretenden que Dios no se demuestra, se siente en el alma y se revela por emociones misteriosas, les respondemos: «Es posible; vosotros sentís, nosotros no sentimos. Cada uno es libre de sentir a su manera o de no sentir. Concedad vuestras emociones y no os obstinad en que los otros las vicen a la fuerza.»

Si replican que hacemos duros cruces en la conciencia y en el corazón humano cuando arrancamos a los hombres, al mismo tiempo que la creencia, el consejo de recurrir a Dios y a la oración, los responderemos también: «¿Para qué rogar a vuestro Dios? Si existe, tiene la perfecta inteligencia, la soberana voluntad y la omnipotencia; sabe lo que quiere, quiere el bien y puede hacerlo siempre. ¿De qué sirve ir a decirle: ¡hágase tu voluntad!, puesto que su voluntad será siempre hecha? ¿Para qué sirve arrodillarse, juntar las manos, bajar los ojos con humildad o desearsejatos con espanto? No debe ser accesible a estos gritos. Dar visiones, exponer o recordar necesidades a alguien, es exponer la ignorancia, negligencia u olvido. Pero Dios no puede estar sujeto a esas debilidades humanas. Rogar es empujarse e injuriar al Dios a quien creés y que no necesita que le enseñes lo que mejor que vosotros sabe, ni que le suplicas desiguales que él sólo tiene, ni son profetas, antes que vociferar. Ciertamente la miseria y la inequidad de la tierra gritan bastante alto al Señor; si no pone un término a ellas, es que eso no es en sus designios, y vuestra oración y ruego de nada servirán.»

VI.—No ha habido creación.—La Materia y la Fuerza son eternas

El creyente insiste. Demanda por sentido; los profetas y los sucesores desahoran a Dios; toda la vergüenza de la tierra le acusa; los hombres le imploran en vano.

De todos modos, por mal hecho que está el mundo, ha sido hecho, ha sido preciso que alguien lo haga.

¿Quién, pues, ha hecho el mundo?

Podríamos responder que no sabemos nada de ella, que tomamos el mundo tal como es sin mortificar nuestra mente investigando su origen, que cada día la ciencia observa, analiza, coordina hechos en la naturaleza y en la humanidad, y de ellos deduce leyes cuyo conocimiento es útilísimo para la conservación y desarrollo de la vida, que nos glorificamos y felicitamos de aquellos descubrimientos de la ciencia, pero que no vamos más lejos y que en cuanto a lo demás somos

apodados. ¡Encantador estado de espíritu, blanda simonía para nuestras cabezas el apodamiento!

Pero se nos asegura que la gran masa de los humanos está trabajada incorrectamente por el *per quod*, el *por qué* y el *cómo*, por la necesidad de explicación. Un mundo ha sido hecho: ¿quién lo ha fabricado? Se ha cometido un crimen: ¿quién lo ha cometido? El mundo ha sido hecho: ¿quién ha podido hacerlo? He aquí la pregunta constante. Reconocemos, que a consecuencia de larga herencia, está en la trama de nuestro carácter. Está en todos los hombres la curiosidad natural. Pero esa curiosidad natural, esa necesidad de explicación, queda bien satisfecha cuando a la pregunta: «¿Quién ha hecho el mundo?», se responde: «Dios».

Los creyentes, los teólogos y muchos filósofos se han contentado con ella durante muchos siglos. Por nuestra parte, cuando salimos de la tranquilidad apodada es para profundizar más nuestra curiosidad.

Y preguntamos: «Si Dios ha hecho el mundo, ¿quién ha hecho a Dios?»

De ese modo trocada, la pregunta queda sin resolver. A un misterio, el de la existencia del mundo, lo reemplazamos por otro, el de la existencia de Dios.

¿Quién ha hecho a Dios...?, observan en seguida los creyentes y los teólogos; eso es pedir lo que se debe pedir: Dios no ha sido hecho; ha existido siempre.

Entonces, creyentes y teólogos, ¿por qué no decir otro tanto del mundo...? Eso no se pregunta: El mundo no ha sido hecho; ha existido siempre.

Y no es esta réplica casual, un capricho; es la verdad científica descubierta por las investigaciones experimentales de los sabios, establecida por sus trabajos de laboratorio, admitida sin la menor duda, con toda certidumbre. No ha habido creación del mundo por alguien, ni fabricación sobita de la tierra, de los peces, de las aves, del hombre por Dios, que hubiera hecho surgir todo de nada. Ha habido y hay conservación o conservación de la materia, y conservación o conservación de la energía, que ha existido siempre, que no se creó jamás, que no se pierde nunca, pero que siempre se transforma. Esto es el principio reconocido por todos: «Nada se crea, nada se pierde, todo se transforma. La nada es imposible. No se puede hacer algo de

nada, si se reduce algo a nada; sólo es posible hacer de una cosa otra cosa, transformar la materia o la energía.»

Pero la ciencia, no la ciencia anticlerical o antirreligiosa, sino la ciencia de los sabios, la materia o la energía es eterna; ha existido siempre y siempre existirá, sin límites en el tiempo ni en el espacio. Sus límites aparentes son los de sus transformaciones y de sus modalidades de acción.

En verdad, pues, no ha habido principio para el mundo; a través del infinito de los tiempos y de los espacios, ha sido siempre, y siempre en estado de transformación. Si hablamos del principio del mundo, si nos hacemos esta pregunta: «¿Cuál es el origen del mundo?», no es esto decir que el mundo se haya sacado bruscamente de la nada, creado y modelado de una forma precisa y definitiva; es decir, que la historia del mundo, de la transformación de la materia o de la energía, ha dejado en su momento dadas huellas y testimonios más o menos que se han podido observar mejor y que marcan más claramente su punto de su existencia.

En lugar del Dios de la teología, eterno, infinito, la ciencia pone la Materia, la Energía eterna, infinita. Pero lo que la teología afirma respecto de Dios, la ciencia lo prueba respecto de la materia y de la energía. Y así, ante su necesidad de explicación que existe en el hombre, ante su necesidad natural, Dios es, no sólo una respuesta injustificada, sino inútil. Por nuestra parte hacemos una mejor:

«¿Quién ha hecho el mundo? Nada, puesto que el mundo no ha sido hecho y ha existido siempre.»

VII.—La ciencia afirma y prueba la eternidad de la Materia y de la Fuerza.—Lavoisier y de Helmholtz.

He aquí algunas explicaciones necesarias. En 1789, fecha de una revolución científica no menos considerable que la revolución política, el gran Lavoisier expuso la ley fundamental química de la conservación o conservación de la Materia, que se resume así: «LA SUMA DE MATERIA QUE ALLENA EL ESPACIO SIEMPRE ES CONSTANTE O SE CONSERVA»

SIEMPRE IGUAL.» Es decir, que cuando un cuerpo parece desaparecer, no hace más que cambiar de forma. Cuando el carbono, no se consume ni aniquila; se transforma, combinándose con el oxígeno del aire, en ácido carbónico gaseoso. Cuando el hierro se come el hierro, no es que el hierro se destruya; se transforma, por su combinación con el oxígeno del aire, en óxido de hierro hidratado. Y así todas las combinaciones. La balanza de precisión de los laboratorios de química prueba exacta y rigurosamente que en el cuerpo compuesto aún totalizado los pesos de los diversos cuerpos que entran en su composición. Ni un átomo falta, nada se pierde, cualesquiera que sean las combinaciones que se intenten. Por un experimento inverso, si se descomponen un cuerpo formado por combinación, se encuentra separadamente el peso exacto de los cuerpos que habían sido empleados en formarlo. Es aquí lo que Lavoisier ha establecido, por una certidumbre científica, con la balanza. Jamás, en parte alguna de la naturaleza, vemos producirse una materia nueva, crearse, añadirse a la materia ya existente; jamás, en parte alguna de la naturaleza, vemos desaparecer, anularse, una materia existente. Únicamente con los cuerpos ya existentes puede la química formar otros cuerpos; no ha visto jamás ninguna creación de la materia, ve siempre su absoluta constancia. Con los cuerpos ya existentes puede formar otros cuerpos; no ha visto jamás ninguna destrucción de la materia, ve siempre su conservación.

La materia, pues, no tiene ni ha podido tener jamás principio ni fin; es eterna, y solamente en sus transformaciones y sus modalidades cambia y acaba de ser, pero no en su substancia. Por la balanza química se ha hecho la prueba de la eternidad de la materia, y, como dice el gran Haeckel, «tas convencidos están todos los sabios de la absoluta constancia (o de la eternidad) de la materia, que si siquiera pueden concebir lo contrario.»

Pero esa materia eterna no es solamente una masa, un peso, es también una fuerza o energía que se mueve, obra y vive. En 1789, por la balanza de Lavoisier, la química suministró la prueba rigurosamente científica de la conservación de la conservación de la materia. En 1842 por los descubrimientos simultáneos del médico Robert Mayer y del físico Helmholtz, la física suministró la prueba

damental de Spinoza, que considero, de acuerdo con Goethe, como uno de los pensamientos más elevados, más profundos y más verdaderos de todos los tiempos. Todas las diversas formas del Universo que podemos conocer, todas las formas individuales de existencia no son sino formas especiales y pasajeras de la substancia, *accidentes* o *modos*. Estas formas son objetos corporales, cuerpos materiales, cuando los consideramos bajo el atributo de la extensión (como llenando el espacio); por el contrario, son fuerzas o ideas, cuando los consideramos bajo el atributo del pensamiento (de la energía). Nuestro conocimiento dependiente, después de diecisiete años, vuelve a esta concepción fundamental de Spinoza; para nosotros también la substancia (lo que llena el espacio) y la energía (la fuerza motriz) no son más que dos atributos inseparables de una sola y misma substancia.

Al hablar de esta «única substancia», que es y que obra, los modestos acrisos no entienden coexistir una nueva entidad metafísica si quieren con tal motivo renovar las divagaciones ordinarias de los metafísicos. No, esta única substancia la someten a la ciencia experimental, la muestran en su actividad; tienen respecto de ella una conciencia relativa, y no afirman ni niegan nada sino en los límites de este conocimiento.

Esto les basta para negar a los creyentes la existencia de su Dios. Puntaleo vuestro Dios, los dioses, sobre el mundo, como el gran obrero de esta obra; le necesitabais para satisfacer vuestra natural curiosidad. Pues nosotros demostramos que ya no es necesario, que el mundo se explica perfectamente sin este obrero. «¿Dónde queda su vuestro sistema su lugar para Dios?» preguntaba Laplace al gran Laplace. «Señor, respondí el sabio, yo no lo necesito.» No se necesita Dios, se pasa sin él; es inútil.

Basta es un esfuerzo; no multiplicamos los seres más de lo necesario, decía la vieja comadrona. El sitio de Dios, infinito, eterno, está ocupado por la Materia y la Fuerza, infinitas, eternas. Libérennos de ese personaje innecesario, que sobra en el mundo. Nadie lo sentirá.

IX.—La Materia pensante.—No hay alma, puesto que no hay forma de energía fuera de los movimientos de la materia.

No diremos cómo la única substancia, según las últimas teorías de Haeckel y otros sabios, comprende ella misma dos elementos: la masa o materia *actualmente ponderable*, y el *éter* o materia que tiene peso, pero inabarcable a las más finas balanzas que poseamos, y por esto llamada *imponderable*; cómo este *éter*, bajo forma de materia continua, llena todo el espacio cósmico; cómo los diversos estados de agregado y de movimiento de la masa y el *éter* constituyen los diversos cuerpos espaciados en la naturaleza inorgánica u orgánica. No hemos de exponer aquí las gloriosas conquistas de la ciencia, porque los creyentes han sentido poco a poco la influencia poderosa de la verdad; no residan ya cuando nos explicamos científicamente el problema del mundo de los cuerpos.

—Está bien, dicen, respecto de la materia. En ese punto vuestras teorías y vuestras leyes químicas y físicas tienen razón. Pero hay la substancia *imaterial*, el alma con su conciencia y su voluntad, el mundo de los espíritus, que está fuera del alcance de la química y de la física.

—¡Ah! ¿Cree que hay una substancia *imaterial* inaccesible para la química y la física y vosotros la habéis alcanzado? Eso es un sentimiento, una imaginación o una sugestión religiosa a que llamáis revelación. Bueno, quedad con ella; eso es una experiencia subjetiva o una ilusión de experiencia. ¿Qué puede importarnos eso! Guardad vuestra substancia *imaterial* y vuestro alma. A mí, que so participo de ese sentimiento, de esa imaginación o de esa sugestión, no podéis demostrarme la existencia del alma en vosotros ni en mí, si imponerme su evidencia. La ciencia no admite ni admite más que lo cognoscible. Para ella, el resto no existe. Según la fórmula de Leibniz, una especie nada cognoscible al hombre, sin que se modifique alguna cosa su epíteto de medida. El alma, substancia *imaterial*, según vosotros, obra sin modificarse de manera que sea susceptible de medida. Hebreos de lo

o filósofos espiritualistas, hablad de ello si queréis; pero científicamente no puede hablarse, porque no podemos someterla a medida, control de absoluto del conocimiento científico.

De talas e was entidades metafísicas, «substancias inmaterial, fuerza vital, voluntad libre, omnipotencia divina», se dice los sabios como de vanos fantasmas. Eso no tiene nada que ver con la ciencia crítica, como dice Haeckel, y añade este gran pensador: «Esos errores absolutos no necesitan ya refutación, porque hasta el día la experiencia no nos ha dado a conocer ninguna fuerza que no esté unida a una materia, ninguna forma de energía que no se efectúe por medio de los movimientos de la materia, sea de la masa, sea del éter, sea de los dos elementos a la vez.»

Pasemos adelante. No sólo no se ha hallado una fuerza ni una energía fuera de la materia, y, por consiguiente, no podemos admitir que haya un alma, sino que además se ha comprobado que ciertas formas de energía, atribuidas a la forma inmaterial por los creyentes, son sencillamente atribuyibles a la materia, y, por lo tanto, tenemos, hablando científicamente, derecho a negar que haya un alma.

«Hasta las formas de energía más complicadas y más perfectas que conocíamos, dice Haeckel, la vida física de los animales superiores, el pensamiento y la razón humanas, se sostienen sobre procesos materiales, sobre cambios en el neuroplasma de las células ganglionares; no se les puede concebir sin eso... La hipótesis de una «substancia alma», especial, inmaterial, es inadmisible.»

Y Le Dantec, por su parte, escribe: «Dudar si hay dualismo (cuerpo y alma) en los fenómenos vitales, equivale a dudar si, en un hombre vivo, se produce el pensamiento sin corresponder a un gasto de energía química o de otra especie; los dualistas lo pretenden, pero como no han visto jamás un alma pensar sin estar dentro de un cuerpo, y, además, el cuerpo, para permanecer vivo, ha de consumir alimentos, no me parece nada autorizado para decir que el hombre piensa sin gastar. Por mi parte, cuando pienso, ME FATIGO, y esto es un fenómeno químico (que hasta se manifiesta por una modificación de la orina); creo, pues, que el pensamiento corresponde a un fenómeno quí-

mico y que hay equivalencia entre el pensamiento y el trabajo.»

¿Es una afirmación tan sorprendente que la materia, en ciertas condiciones orgánicas pueda pensar? Los progresos admirables de la ciencia biológica, en estos últimos tiempos, han obligado a los sabios a reconocer esta verdad, que los animales, a lo menos los vertebrados superiores, piensan, lo mismo que el hombre, una energía pensante y una conciencia. La actividad psíquica y la conciencia de los vertebrados más perfeccionados, el mono y el perro, se aproximan singularmente a las del hombre. No sólo son las mismas las ideas y las sensaciones, sino que las funciones superiores de la cerebralidad, la inteligencia, la memoria, la formación de juicios, su encadenamiento en razonamientos; en resumen, el pensamiento propiamente dicho y la conciencia son idénticos. Hay, declares los sabios, diferencia en el grado de pensamiento, no en la naturaleza y en la calidad del pensamiento animal y del pensamiento humano. Los animales piensan menos y menos bien y el hombre piensa más y mejor; el pensamiento es el mismo. He ahí lo que la ciencia ha establecido. Además, la anatomía comparada ha reconocido la perfecta similitud de estructura entre el cerebro de los vertebrados superiores y el del hombre. La fisiología ha notado que, en esos vertebrados superiores como en el hombre, los estados de la conciencia determinan las mismas modificaciones fisiológicas y las mismas reacciones sobre los órganos de acción externa; se acostumbra a los animales, se los duerme, se les hipnotiza, se les sugieren ideas, enseñan y desean por los mismos procedimientos que se usan con el hombre. Si los animales piensan con la materia, ellos, a quienes los creyentes y ciertos dualistas niegan el alma pensante, el hombre, también con la materia, puede pensar, y la ciencia atestigüa el hecho con certidumbre.

X.—La imposible inmortalidad

En este punto la ciencia escandaliza a los creyentes y a los dualistas espiritualistas: ¡la materia piensa!, ¡los ani-

males, los monjes, los perros, piensan como el hombre! ¡Hence semejanzas a los monjes y a los perros!

Son esas palabras expresión de sentimiento, de instintivo rebeldía de que la ciencia no hace caso. Que la verdad es incómoda, hombres vanos y fanáticos, poco importa; lo por esto la verdad dejará de ser verdad. Si, seis semejante a los monjes y a los perros.

Nosotros los intelectuales no somos tan orgulloso, o nosotros orgullo es diferente. No nos arropearíamos de nuestra aproximación a esos buenos animales, los monjes y los perros, de ver en su maravilloso organismo una preparación, una preparación del nuestro; de hallar en su pensamiento y en su conciencia detalles de los nuestros. Si tienen menos inteligencia, tienen seguramente menos estupididad. Con más razón disparatamos mucho más. Y tenemos además toda suerte de maldades, de odios, de miserias, que los buenos animales no conocen. No hay animal peor que el hombre. Hasta por paciente, vecino y amigo es preferible el perro a ciertos pacientes, vecinos y amigos.

El escándalo es más abominable aún, según los creyentes y dualistas espiritualistas; entonces, si no hay más que materia en nosotros y si somos como los animales, moriríamos por completo como los monjes y los perros, y no habrá alma inmortal si otra vida en otro mundo!

Este grito de escándalo expresa una queja legítima, pero falta de modestia y de prudencia. Toda clase de gente pretende tener títulos a la inmortalidad, a vivir otra vida en otro mundo; pero ¿cómo han hecho en esta vida, en este mundo, para querer vivir más? ¿No basta que layan pasado? ¿Qué interés tendrá Dios, el señor del universo y el esplendor y las bellezas del cielo en que las almas de tantos devotos ilustres vayan a prolongar, más allá de la tumba, una existencia en la que, vista desde la parte de acá, no se percibe su utilidad? Con el mismo derecho que un Pasceur, un Remax, un Curie, un Berthelot, un Haackel, la criada del cura querria tener su inmortalidad. ¿Para qué?

—Pues, se nos contesta, para alcanzar al fin la felicidad, que es una necesidad del hombre, y tener así una indemnización de las miserias y de los sufrimientos de la vida terrenal.

—¿En qué consiste esa felicidad, oh, gentes piadosas?

El Indio quiere hallar en el otro mundo caza de búfalos y de tigres; el Esquimal, témpanos de hielo cubiertos de osos polares y de focas; el Árabe, un jardín encantado con hermanas vírgenes desnudas; el Sudaés, grandes arenas y nubes de oro en abundancia; el cristiano, visiones divinas y audiciones de una música incomparable, más dulce que la de los órganos, separada por los ángeles en alas de armonía. ¿Cómo satisfacer tan diversas necesidades de almas tan diferentes?

Y cuando las almas hayan logrado todo eso un día, muchos días, durante años y siglos, ¿no se convertirá en una pesada monotonía de beatitud, en una anestesia y en una inercia lamentable todo el hervor de la eternidad? ¿Es posible ser feliz de esa manera? Ser feliz es vivir; vivir es obrar; obrar es cambiar. Una beatitud inmutable en la eternidad es la muerte en el aburrimiento.

Por otra parte, ¿es posible la indemnización de un doloroso pasaje por la tierra, que los creyentes quieren obtener en otro mundo? Las condiciones de existencia serian análogas agravadas por la inmortalidad, porque, siendo todas inmutables, allí encontraríamos nuestros enemigos, nuestros envidiosos, nuestros perseguidores, todos los que nos molestaban y perjudicaban en la vida terrenal. Promiso nos parecería el cielo insuportable si en él encontrásemos a ciertos individuos.

Sería además necesario, para considerarnos inmortales con toda tranquilidad, saber cuál de nosotros go vivirá la inmortalidad, la vida eterna. El niño que muere en la cuna, ¿crecerá, desarrollará su inteligencia y su conciencia; se hará hombre o tendrá eternamente como única aplicación el seno de su madre? El anciano arruinado bajo el peso de tantos dolores, ¿permanecerá eternamente en las humillantes vejez, o se rejuvenecerá en la gloria? ¿Permanecerá en estado de locura sin fin el que suera enajenado?

Nada, en verdad, es tan contrario a las condiciones fisiológicas y psicológicas de nuestro ser, como nuestras lamentables y ridiculas pretensiones a la inmortalidad. De un instante a otro cesamos de ser los mismos; no conservamos en nosotros más los mismos elementos de materialidad, nos renovamos por el hecho de absorber elementos y de eliminar materia. Nuestros modos de pensar se suceden igualmente;

nos acordamos por el hecho de cambiar de ideas. No hay en nosotros personalidad continua; la continuidad de nuestro yo es una ilusión. En un momento soy un agregado de materia organizada de cierta manera; un momento después me transformo en otro agregado de materia organizada de manera distinta. La memoria establece entre esos dos estados una aproximación de imágenes que nos da la impresión de la continuidad, pero la continuidad no existe. Muertos a cada instante de nuestra duración. ¿Cómo podrá tener la inmortalidad, es decir, una vida inextinguible, eterna la misma, el ser que ni siquiera tiene la continuidad?

Por último, nuestro ser, ya lo hemos manifestado, forma parte de la materia universal, de la fuerza universal que llena el espacio infinito. Está sometido a sus leyes, va comprendido en su evolución; no puede evadirse, dejarse ni inmovilizar en toda la eternidad en un estado cualquiera de evolución.

Por la necesidad de las cosas debe seguir las transformaciones del cosmos, grano de arena arrastrado en el movimiento del universo. La inmortalidad, es decir, la inmovilización eterna de nuestro ser en uno de sus estados sería un horror en la naturaleza. Por la muerte, nuestros elementos van a una existencia nueva, a una sucesión de nuevas existencias, no a la inmortalidad inerme, estacionaria.

XI.—¿Seremos como las piedras blancas de las tumbas?

En la vertiente de la colina, durante las noches claras, se ven las piedras blancas de las tumbas, que sobresalen tras los muros del cementerio. Como fantasmas envueltos en sudarios de luz blanca permanecen allí inmóviles y silenciosas. El viento sopla en su alrededor, llevándolo a través de la villa y de los campos, la vida respirable, los esfuerzos y las armonías exaltantes. Las flores se entienden y se apagan, asimismo las vestidas o paseando sobre las paredes figuras de soltura y de claridad. Los japos de los trabajadores rebasados en la tarea resuman en los caminos. Pero nada de eso despierta los blancos fantasmas del cementerio.

En cesando de piedra es insensible al movimiento, a la vida que les rodea.

Durante que están en una noble actitud de dichosa inmortalidad. ¿Y querrián, oh, creyentes, que suavita inocuidad en el otro mundo fuese semejante a la inerxia de las piedras blancas de las tumbas, mientras el universo entero se caara de movere y de vivir?

XII.—La verdadera fe es el miedo de morir

No, ni los mismos creyentes lo querrian: la verdad es que del fondo de la naturaleza humana, por la fuerza del instinto de conservación, se eleva una negación inevitable de esa pueril muerte de la inmortalidad. Si los hombres tuviesen una verdadera fe en el cielo, en las felicidades eternas, en delicias sin fin y sin interrupción, todos se precipitarían hacia él furiosamente; correrían a la muerte, al suicidio, para salir apresuradamente de esta vida lamentable, y franquear el umbral del otro mundo, lleno de atractivos beatitudos; pero lejos de ello, vemos que los más creyentes entre los hombres se agarran con sus más ardientes deseos a la tierra.

Recordo a este propósito un cuento de Argentina. Una vieja y santa mujer paucha rezando la vida en su pueblo, ofrecía a Dios su cadaque pareca, ayunaba los viernes y hacia penitencia toda la cuaresma. Arrodillada ante su cama todas las noches rogaba a Dios la sacara de este valle de lágrimas y la recibiera en el cielo con los ángeles y los querubines. Una noche penetraron en su cuarto, en el momento de las oraciones, dos malandrines borrachos en sábanas, y dijeron:

—Somos dos ángeles, enviados por Dios para conducirte al cielo, pero antes habrás de hacer una pidiota atrevida. ¿Dónde tienes el sacro de estudios?

La pobre mujer, en vez de regocijarse lloró e imploró: —¡Ay, ángeles! No tengo más que ciencia y se la a'lor; todavía puedo vivir más; mi madre murió a los ochenta. Dios puede todavía concederme algunos años, algunos meses, algunas semanas más.

—Pero, buena mujer—dijeron los compadres—, si vos misma pedís la muerte. Dios ha atendido vuestro ruego y os espera en la gloria.

—¡Ay, pobre de mí! ¡Partir tan de repente para el otro mundo...!

Los ángeles, cogiéndola con mano vigorosa replicaron:

—Podemos volver a la presencia de Dios y decirle que habéis cambiado de idea, exponiéndole nuestra nueva petición, pero haced vuestra oración para las buenas obras y Dios la tendrá en cuenta: dad parte de vuestra boña y os dejará la vida.

Los malandantes tomaron los escudos sacados del armario, y la vieja dió gracias a Dios por la merced, sanidicha, así a ese precio, de no salir tan pronto en la beatitud eterna.

La «ascensión de Taff», en el delicioso cuento de Anatole France, no es menos demostrativo.

Andrea Taff era en Florencia un pístar de vírgenes y santos muy piadoso y fiel a sus creencias. Todas las noches decía en su cama antes de dormir:

—¡Virgen Santísima, madre de Dios, que habéis merecido subir viva al cielo, tendadme vuestra mano llena de gracias para levantarme hasta la santa gloria donde estáis sentada en silla de oro!

Taff tenía dos discípulos muy burlescos y capaces de las más pesadas bromas, quienes colocaron una garrocha en una viga del techo, pasaron por ella una cuerda y con ella ataron la cama del maestro por sus cuatro extremos, disolviendo las ligaduras bajo las cortinas, pasando el resto de la cuerda a la habitación inmediata. Desde allí, cuando Taff acostaba hizo su oración acostumbrada, los allegos compañeros tiraron de la cuerda y la cama comenzó a elevarse.

—¡Oh, la Virgen me sacaba, estoy perdido!—pensó el devoto, y en seguida gritó:—¡Alto, Señora, que no he pedido que fuera tan pronto!—Y suplicó a Jesús que hiciera comprender la razón a su madre.

Los discípulos burlescos soltaron la cuerda y la cama cayó con estrépito, quedando el viejo Taff confuso y contento por no haber ido tan pronto a gozar las delicias de la reunión celestial.

Al día siguiente, Messer Guido, alegre epicéico, decía por las calles de Florencia a quien quería oírlo:

—Me parece que el viejo Taff no confiaba mucho en la promesa de las alegrías celestes. Así como mujeres y ayas inventan cuentos para acallar chiquillos, se ha inventado lo de la inmortalidad de los mortales. El vulgo cree que cree esos discursos, pero no los cree de veras. Los golpes de la realidad dispersan las nebulas de los poetas. No está seguro más que de esta triste vida.

aep/cdhs

XIII.—El Mundo y el Hombre según la Ciencia

Los cuentos para niños, de la religión y de la metafísica se han disipado por la ciencia y por el buen sentido: profecías y revelaciones de los curas, el mismo Dios, el alma, la inmortalidad y las beatitudes celestes. Los Sismones devotos llenan una columna con intercesiones de peticiones diversas y la elevan a los aires, persuadidos de que el Dios Sannonicodan la recibirá y descenderá sus réplicas. Cuando un creyente siempre está a punto de morir, se pone una cometa cerca de su boca, al alcance de su último aliento, para que el alma, exhalándose en él sea recogida y llevada a la mansión de los Dioses. También nosotros hemos creído en la cometa o en otros mensajeros protectores de plegarias, y en el viaje de las almas hacia el cielo; pero ya no creemos.

¿Qué quiere decir esto? ¿Quiere esto decir que hemos negado todo, destruido todo, aniquilado las viejas creencias y que dejamos el cielo vacío, desiertos los espacios y devastada y triste la inteligencia del hombre? No; la ciencia ha hecho callar a la fe, avergonzada de sus puerilidades, pero es para hablar a su vez satisfecha de sus grandiosas certidumbres.

En el espacio infinito, en toda eternidad, sin principio ni fin, la materia o la fuerza se halla separada. No es el caos, no es la inercia. La materia o la fuerza, infinita, eterna, está sin cesar en movimiento; se modifica, se transforma

por una actividad jamás interrumpida. Es la evolución, que forma el cosmos y en ese cosmos los diversos mundos y los diferentes seres de esos mundos.

El movimiento eterno, la evolución cósmica, se realiza siguiendo fases periódicas, alternativas de desarrollo y de desaparición. Los mundos no son sino modificaciones pasajeras de la materia o de la fuerza. Surgen durante millones y millones de siglos, para extenderse después en el infinito y en la eternidad.

¿Cómo surgen? La materia, por la necesidad misma de su movimiento eterno, se condensa o se coagula, y, por esta condensación o contracción, constituye una infinidad de centros, primero átomos, después corpúsculos celestes, por último grandes cuerpos. Además, una «familia eléctrica», según la palabra de Goethe reemplazada por Haasché, atrae más a otros esos elementos, provocando reuniones, anexionamientos, meras y combinaciones innumerables. Es entonces la masa o materia condensada y ponderable, mientras que el éter, o materia no condensada e imponderable, constituye llenando el espacio. La una tiene por función la pesanza, la atracción, la gravitación de los mundos celestes, el calor latente; el otro tiene por función la radiación y la transmisión de sus calor, la luz, la electricidad.

Para los centros de materia condensada se mueven y se mueven eternamente en el infinito del tiempo y del espacio, marcando los unos hacia los otros para formar cuerpos celestes nuevos. Por la fuerza misma de su condensación y del movimiento eterno, son llevados en un movimiento de rotación y van siempre hacia el infinito. «Vienen a contrapunto», dice Haasché. Las cantidades enormes de calor producidas en esos procesos mecánicos por el choque de los cuerpos celestes en rotación, se reparten por nuevas fuerzas vivas que producen el movimiento de las masas de polvo cósmico engendradas, lo mismo que la uniformación de esferas en rotación. El choque, en efecto, dispersa una especie de polvo cósmico a consecuencia de la ruptura de los cuerpos celestes, y de ese polvo surgen nuevos cuerpos que hace mover el calor transformado en trabajo mecánico (1).

(1) En este sentido se comprende una teoría de la cosmología de Poincaré. Véase el artículo de Nueva. Véase también el libro de Poincaré sobre la evolución del

Así es como se desprende el Sol de un enorme centro de condensación cósmica, por una ruptura de esta condensación. Y la Tierra, a su vez, ha salido de la gran masa solar, no siendo, dice Haasché, más que un minúsculo polvo de sol, semejante a los demás millones de esos polvos que se persiguen en el espacio infinito.

La ciencia explica de esta manera precisa cómo se separó la Tierra del Sol y forma una historia para el período escarpado. Hace de esto millones de siglos. Fue en un principio un anillo nebular, producido por el abultamiento del ecuador del cuerpo solar y despreñado por el movimiento de rotación. Este anillo, una vez lanzado al espacio, se condensó, se estrechó, se cambió en una esfera de ignición potente. La nebulosa se convirtió en una masa en fusión, que continuó enfriándose y se cubrió, por ese enfriamiento, la delgada corteza terrestre que habíamos. Esta misma corteza fue curvada en vapores cuyo enfriamiento formó las primeras gotas de agua líquida. A partir de aquel enfriamiento pudo aparecer la vida orgánica.

El agua, en efecto, trabajó y modificó profundamente la corteza terrestre y las diversas capas de que se compone. Y la ciencia nos dice todavía: «¡Sí, por la gota de agua hubo vida en la Tierra mucho antes de la aparición del hombre!» La geología y la paleontología, cuyos progresos fueron maravillosos en el siglo anterior, se descubrieron y estudiaron minuciosamente, en los terrenos péculiosos, los restos de seres vivientes desaparecidos, plantas y animales. Enas ciencias nos han revelado, en la historia escrita por la misma naturaleza, en un testimonio grabado sobre la roca, el proceso de los organismos y de la vida. Es el prestigioso cuadro de la evolución vegetal, animal y humana.

También nos dice la ciencia cuál fue el origen de la vida orgánica, cómo se formaron las primeras plantas y los primeros animales. El genial sabio francés Lamarck, en 1809, en su glorioso libro la Filosofía zoológica, dió la solución del enigma más difícil del universo. La vida

organizada surgió que en aquel momento se producía en bolsones de materia luminosa. El sabio inglés Kelvin y otros otros se ocuparon de la aparición de aquella vida, y los hechos nos de esta vida, obra de los choques de los cuerpos. (Revista científica, 1.º diciembre 1904)

orgánica procede de las fuerzas inorgánicas; una sola y misma energía causa el movimiento de los cuerpos inorgánicos y la vida de los cuerpos organizados. No hubo al principio, por el milagro de la creación, un budo de innumerables especies de plantas y de animales sobre la tierra, sino un primer tipo, muy sencillo, salido por una acción química, por generación espontánea, de la materia inorgánica. Todas las especies del mundo vegetal o animal provienen por vía descendencia y transformaciones graduales, de esa forma primitiva común. Las semejanzas entre las especies vecinas se establecen por la herencia o la unión a la misma forma primitiva, después a formas ancestrales sucesivas; las semejanzas se necesitan por adaptación a medios y a condiciones de vida diferente.

Lamarck no vaciló en comprender el hombre en esta descendencia. Admitió que la especie humana habiese sido producida por la transformación de antepasados mamíferos, y particularmente de los monos.

La ciencia ha confirmado esas otras genialidades. Por una parte los laboratorios de química fisiológica han probado la unidad de la fuerza inorgánica y de la vida orgánica; por otra, Darwin, Huxley y Haeckel han demostrado evidentemente la teoría de la descendencia o de la evolución.

«La química fisiológica, declara Haeckel, por sus análisis, ha establecido, en el curso de los últimos cuarenta años, los cinco hechos siguientes:

1.º En los cuerpos naturales orgánicos, se encuentran elementos que no sean inorgánicos.

2.º Las combinaciones de elementos particulares a los organismos y que determinan sus *fenómenos vitales*, constituyen todas en compuesto de plasma, del grupo de las albuminoides.

3.º La misma vida orgánica es un proceso *Hétéroquímico*, fundado sobre cambios nutritivos entre esos plasmas albuminoides.

4.º El feto o embrión capaz de contrair a sus albuminoides complejos, combiniándose con otros elementos (oxígeno, hidrógeno, azote, azufre), es el carbono.

5.º Las combinaciones de plasma a base de carbono se distinguen de la mayor parte de las otras combinaciones químicas por su estructura molecular muy compleja, por su inestabilidad y por el estado floso de sus agregados.»

Estas combinaciones de plasma a primeros seres vivos se hacen sucesivas. En estas sucesivas se hace una diferenciación entre una esfera líquida envolvente y un núcleo interno que tiene cierta solidez; a este grado de conformación las sucesivas se convierten en células. Y desde ese momento, por la acción y las modificaciones múltiples de las células, se constituyen todos los organismos vegetales y animales, procediendo los unos de los otros por transformación según las leyes de la descendencia y de la evolución.

Darwin completó esas leyes descubiertas por Lamarck. Con sus abundantes documentaciones y un extremo rigor científico, en 1859, en su libro *El Origen de las especies*, demostró que todos los seres organizados «luchan por la vida» y que, por selección natural, las especies mejor organizadas sobreviven solas, en tanto que las otras deben desaparecer. Otro sabio, Thomas Huxley, con Hagar hasta las extremas consecuencias de la doctrina de Darwin, y, después de haber sonado en su *Descendencia del hombre*, la teoría de nuestro origen vegetal y animal, proclamó: «el hombre descende del mono».

Thomas Huxley usó en 1863, no solamente la similitud, sino la identidad absoluta de la anatomía y de la fisiología de los cuatro monos antropoides que sirven alce, el gibbon y el orangután en Asia, el chimpancé y el gorila en África y las del hombre: el mismo número e identidad de los huesos (200) de la armadura ósea; el mismo número e identidad de los músculos (300) que mueven las partes análogas del esqueleto; las mismas glándulas mamarias; la misma dentadura; el mismo aparato de oído; cavidades y la misma circulación; los mismos órganos de reproducción; los mismos grupos de células ganglionares en el cerebro para las funciones de la inteligencia.

Resultando como consecuencia esta afirmación científica: «Las diferencias de un órgano cualquiera entre el mono antropoide y el hombre son menores que las diferencias correspondientes entre los monos inferiores y el mono antropoide». Pues si sólo descende de apatita, con mayor razón el hombre debe descender del antropoide.

Si embargo, el hombre no se une a ninguna de las especies actualmente existentes de antropoides. Falta su antepasado inmediato, o sea el «miembro que falta» en nuestra genealogía, como dice el sabio. Este antepasado, el

Los médicos han llegado a hacer con buen éxito la transfusión de la sangre del hombre en el mono.
¡He ahí las pruebas de la ciencia!

—

XIV.—Libros de fantasmas

La ciencia es, pues, nuestra gran libertadora. Con su claridad clarividente rechaza fuera de los inmensos espacios explorados, más allá de las terribles nubes donde se disipa el espectro trágico, el Dios que, habiéndonos hecho de un poco de barro, nos miraba arrastrar lastimosamente tan humillante miseria y espía la menor de nuestras debilidades para aplastarnos bajo el peso de su venganza. Con el Dios siniestro rechaza su cortejo de imposturas y de sagrados terrores, los curas, verdugos de esta vida y los diablos y verdugos de la vida eterna. Ya podemos contemplar el cielo en los astros de oro sin ver en él los terribles gestos del espantoso fantasma, y podemos coger las Flores y los frutos de la Tierra buena y alegre, sin temor de que de sus entrañas surja el infierno para envenenar la primavera y el amor.

¡Señor, al fin nos hemos librado de tí!

FIN

y la del mono obraron como un vacuo el uno para el otro, pero cuando se mezcló la sangre humana con la del chimpancé. Sólo por entre las dos. ¡El libro se había traspasado! La sangre humana y la sangre del mono se acompañan más de estrechas sus líneas que confundieron en el mismo momento. ¡A qué era debido? Ya no era una comparación a un diablo. Era la naturaleza misma que nos respalda la vida a veces, la epitelios de la sangre que atropelaba sencillamente se ya entera, se vertebral paramecia de la sangre, en la aceptación más codice de la palabra. (Gullone Tolche, *La descendencia del Hombre*.)